

MURMULLOS DEL OLEAJE

Antología de Cuentos Colimenses:
Literatura en Comunidad

Coordinador del Taller
Hiram Ruvalcaba

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2022 – Proyecto AIEC 2022 CM 03 - Literatura en Comunidad. Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos en los establecidos en el programa.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



COLIMA
Gobierno del Estado

Secretaría de
Educación y Cultura
Subsecretaría de Cultura

Colima se transforma
CONTIGO

MURMULLOS DEL OLEAJE

Antología de Cuentos Colimenses:

Literatura en Comunidad

MURMULLOS DEL OLEAJE

Antología de Cuentos Colimenses:

Literatura en Comunidad

Coordinador del Taller
Hiram Ruvalcaba

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA

SUBSECRETARÍA DE CULTURA

*Murmullos del oleaje. Antología de Cuentos Colimenses: Literatura en
Comunidad*

Primera edición: febrero de 2023

Derechos reservados, © 2023

Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de
Colima

GOBIERNO DE MÉXICO, SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA DEL GOBIERNO DE MÉXICO

Alejandra Frausto Guerrero

SUBSECRETARÍA DE DESARROLLO CULTURAL

Marina Núñez Bernal

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Esther Hernández Torres

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE COLIMA

Índira Vizcaíno Silva

SECRETARÍA GENERAL

María Guadalupe Solís

SECRETARIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Adolfo Núñez González

SUBSECRETARIO DE CULTURA

José Emiliano Zizumbo Quintanilla

COLABORADORES

COORDINACIÓN OPERATIVA: Miguel Olmedo Valle

COORDINACIÓN EDITORIAL: Melisa Bayardo

MAQUETACIÓN: Jorge Pérez Gutiérrez

IMAGEN DE PORTADA: Freepik

ISBN:

Gobierno del Estado de Colima | Subsecretaría de Cultura | Calzada Galván Norte esquina Ejército Nacional s/n Tel. (312) 31 3 06 08 | C.P. 28000 | Colima, Col.

Queda prohibida la reproducción no autorizada de los contenidos del libro.

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2022 — Proyecto AIEC 2022 CM 03 — Literatura en Comunidad.

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos en los establecidos en el programa.

Impreso y hecho en México
Made in Mexico

INDICE

Presentación.....	9
<i>Nuki-Nuki</i>	
Fernanda Velasco.....	11
Por tu culpa	
María Ochoa Morfín.....	25
Soledad	
Ingrid Hernández.....	36
Cuyutlán	
Iván Maracho.....	42

PRESENTACIÓN

El pasado mes de octubre, la Secretaría de Cultura de Colima me invitó a participar como tallerista en el programa “Literatura en Comunidad”, un esfuerzo colectivo para impulsar las nuevas plumas del Estado costero —en los géneros de poesía y narrativa— y descubrir así las voces que marcarán el rumbo de sus letras en los próximos años. El evento se desarrolló en Manzanillo, en uno de los hoteles con vista a un océano que lanzaba sus murmullos con disciplina y dulzura. El aroma de la sal, las mordidas del sol, y el rumor constante del agua les dieron a las jornadas literarias cierto marco laberíntico que caracteriza la costa del Pacífico: visto de cerca, el mar siempre es un enigma demasiado cercano.

Fueron doce los aspirantes que eligieron la disciplina del cuento durante este ejercicio. Doce personas de diferentes ambientes, edades y trasfondos: estudiantes, profesionistas, cineastas, artistas del performance, todos ellos participantes que, con entusiasmo y disciplina, dedicaron los días del taller a aprender herramientas narrativas, a compartir su propia cosmovisión de la vida y la literatura, y a producir, cada uno, un texto que inaugura —hablo

desde mi experiencia, pero el elogio no es gratuito— uno de los esfuerzos más interesantes para descubrir talentos en la región de occidente.

De todos esos textos, he elegido los que integran esta antología. Textos que, en sus elecciones temáticas y en sus distintas cosmovisiones, reflejan aspectos de la identidad colimense que me parecen notables y relevantes: aquí se encuentra la violencia del mar, pero también los problemas de las relaciones familiares, el dolor de las pérdidas y la búsqueda de fantasmas que no siempre pueden exorcizarse. Textos que representan dignamente el trabajo de todos los talleristas participantes, quienes —estoy seguro— darán mucho de qué hablar en los años venideros.

Hiram Ruvalcaba
Tlayolan 2023

Nuki-Nuki

Fernanda Velasco *

En un tren se encontraba un hombre luchando por no quedarse dormido, ese hombre era Martín, con la mirada baja y rodeando su mochila con los brazos recordaba sus momentos en Ciudad de México. Cuando iba a ceder a quedarse dormido, el tren se detuvo en una de las estaciones, mientras subían las personas pudo divisar entre el mar de gente a una mujer con un bebé, aquello le hizo recordar a su familia y la vida que tenía antes de mudarse a Japón, para hacer, contra todo pronóstico, una nueva vida...

* Nació el 6 de diciembre del 2003 en Manzanillo, Colima. Desde pequeña le ha apasionado la lectura y esto la condujo a comenzar a escribir desde que tiene memoria. Actualmente es estudiante de la Licenciatura en Letras Hispanoamericanas de la Universidad de Colima y busca seguir desarrollando su escritura.

Un día en que Martín se disponía a ir a trabajar se encontró en la salida de su hogar con un pequeño desastre. Había basura regada por la zona y al mirar a su alrededor se percató de que su bote estaba tirado. No le tomo tanta importancia, podría recogerla cuando regresara del trabajo, pues no quería llegar tarde, no en sus primeros días. Se rascó la cabeza y caminó hacia la estación del tren. Era extraño lo de la basura, pero no quería pensar en ello. No solía detenerse a pensar mucho, ya que aquello le traía malos recuerdos de forma involuntaria, por ello se enfocaba únicamente en el trabajo y las cosas básicas que tenía que hacer para sobrevivir.

Después de una larga jornada laboral, y las respectivas tres horas de viaje que hacía todos los días, solo pensaba en llegar a casa para descansar. A su solitaria, lúgubre y fría casa. Al llegar a aquel lugar y estar frente a su puerta se encontró con un papel que le hizo despertar de su trance de “cotidianidad”. Era una multa; en un principio no entendió a que se debía aquello hasta que lo poco que entendía del idioma le hizo darse cuenta de que era por la basura, al girarse y observar se dio cuenta que la basura ya no estaba. Por su cabeza jamás pasó la idea de que no recoger la basura le traería una sanción de tal magnitud, en

México no sucedía aquello, pero ya no estaba en México y debía entenderlo. Dándose cuenta de la realidad, suspiró y entró a su hogar para descansar.

A la mañana siguiente, mientras salía de su hogar, se dio cuenta de que la situación del día anterior se había repetido, había un desastre de basura. Rápidamente tomó acción y entró a casa para tomar una bolsa recogiendo de nuevo todo para tirarlo y así poder ir a tomar el tren. Aquel simple retraso matutino le costó llegar tarde al trabajo, una simple amonestación verbal, ya que la puntualidad era algo muy importante en la cultura de aquel país y sobre todo en el trabajo. Martín estaba avergonzado, había llegado por muy buenas recomendaciones de su trabajo y experiencia, así que aquel problema se presentará entre sus inicios en la empresa era bochornoso. A pesar de que podría rentar un auto y manejar aun sentía miedo, no solo por perderse sino porque temía que los recuerdos lo distrajeran al manejar y eso provocara algún... otro accidente; por ello prefería hacer una hora y media de trayecto, tanto de ida como de vuelta.

En el horario de comida no pudo consumir alimento alguno, prefirió ir a pagar la multa y aquello le costó todo el tiempo de ese receso. Con el estómago vacío, cansado y avergonzado volvió al trabajo para

terminar el día. Mientras volvía a casa se puso a pensar sobre el problema, no era algo malo lo que había sucedido, sino que parecía más un problema de él. Tal vez se había olvidado de amarrar las bolsas y el viento tiró el bote, mientras comía algo para alimentar su soledad y llenar su alma por unos instantes, se propuso revisar bien las bolsas antes de dejarlas.

Cuando sacó la basura aquella noche, prefirió asegurarse de que el problema no volviera a suceder. Puso doble bolsa y cerró con doble nudo. Así sacó las bolsas y las puso en el bote, asegurándose de que este estuviera bien colocado en el piso. Aquella noche estaba en la cama intentando dormir. Entre sus ensoñaciones y deseos recordaba con cariño su pasado, deseando volver el tiempo... Mientras se encontraba fantaseando Martín escuchó en la lejanía de su conciencia un par de susurros, entre sueños estos se iban haciendo más fuertes. En principio no tenía sentido lo que decían las voces, pero poco a poco comenzaron a cobrarlo, repetían sin parar Nuki-Nuki, así fue por unos instantes hasta que nuevamente se volvieron distantes e inentendibles.

Despertar y salir a la rutina de siempre se vio interrumpido cuando la situación de la mañana anterior se volvió a repetir. La basura estaba regada por

la zona. Chasqueó la lengua, maldijo para sus adentros pues volvería a recoger todo. Aquello le ganó un nuevo retardo y con ello una llamada de atención más formal.

Martín no se detenía a pensar en sí mismo o en su alrededor mucho, parecía una máquina automatizada para cumplir sus tareas desde que se había mudado a Japón. Cuando terminaba su turno volvía a casa, dormía y al día siguiente despertaba para hacer la misma rutina. El día había terminado, mientras volvía a casa pensaba en la situación de la basura y cómo aquello parecía molestarle más de lo que debería; pero se había mudado para olvidarse de los problemas y estar en paz...

Tras el accidente apenas se permitía pensar en algo más que no fuera la tragedia. Pensaba en su mujer, en su bebé, y eso le causaba un dolor físico. Un hueco en el pecho. Por eso, cuando se le presentó la oportunidad de irse del lugar en donde lo que más le importaba había muerto, no lo dudó ni un poco. Y ahora se encontraba de nuevo pensando en cosas que no y lidiando con la basura.

Aquella noche, mientras se encontraba soñando, los susurros de aquellas voces distantes —*Nuki-Nuki*, *Nuki-Nuki*— volvieron a manifestarse y con ello se

despertó confundido. Retomando el aliento, disipando la coincidencia de la repetición del extraño suceso se encontró con un nuevo sonido: pisadas, muy pequeñas y de muchas patas que parecían estar en su techo.

Se levantó de la cama y fue a asomarse por la ventana, ahí se encontró con unas extrañas siluetas negras cerca del basurero. Tomó su teléfono y salió corriendo para ver qué era lo que sucedía; mientras apuntaba con la lámpara del celular en aquella dirección las siluetas iban tomando forma. Eran un grupo de mapaches grandes y de ojos brillantes, los cuales huyeron al ver la cercanía de la luz y una posible amenaza, dejando la escena del crimen.

Martín ahí pudo apreciar con claridad la situación, al haber visto a los animales, estar de cerca con lo sucedido y tener tiempo de observar bien, se dio cuenta que las bolsas eran rotas por los mapaches; sin embargo la basura estaba intacta, aquello no era por la necesidad de alimento, parecía más una mala broma de la madre naturaleza. Se mordió los labios con fuerza, parecía que el destino le estaba jugando para mal, después de todo solo quería paz, olvidar el accidente, la culpa y el dolor.

Recogió la basura, volvió a guardarla esperando que no se volviera a repetir la situación en la mañana y

se fue a dormir. Pero el destino le tenía un plan diferente... Al despertar y salir lo que vio lo hizo soltar una patada que, sin embargo, no atinó al bote. Recogió la basura, ahora sí llegaba más que tarde y esta vez no fue una simple llamada de atención, fue algo más serio. El dolor y la ira le estaban llenando.

Al regresar a casa decidió tomar medidas más drásticas. Encintó las bolsas al punto de que eran tan duras al tacto. Luego encinto la tapa del bote, así nadie podría abrirlo, menos aquellos sucios animales. Después de haber realizado el trabajo soltó un suspiro de alivio y se fue a dormir tranquilamente. Los sueños de Martín eran difusos a la mañana pero sabía de un punto que siempre se repetía: su familia, y ahora no solo eso, sino esos extraños susurros que repetían *Nuki-Nuki* sin parar.

Despertó tranquilo, seguro de que la situación no se repetiría. No fue así, la basura estaba completamente tirada, la cinta estaba abierta como si una fuerza sobrenatural la hubiese desgarrado. Martín sintió que su cabeza se calentaba; lleno de rabia recogió la basura, la tiró de nuevo y se fue al trabajo. Como había sucedido estos últimos días, aquello le había ganado algún tipo de regaño, pero ahora era algo

mucho más serio, un reporte. El hombre pensaba que sería despedido, pero se le permitió quedarse.

Al volver a casa y sin más ganas de lidiar con el problema decidió llamar a control animal. Con su poco conocimiento del idioma encontró el número y como pudo hizo entender al operador la situación, cómo había escalado al punto de que ya no era soportable y sobre todo era un serio problema que afectaba su vida diaria. Mientras se levantaba el reporte a Martín se le informó que aquello sería imposible de controlar, ya que, por la zona en la que vivía y el tipo de animal con el que lidiaban no se podría, todo aquello estaba protegido por leyes ambientales y no había nada que se pudiera hacer.

Martín se quedó helado, agradeció por la ayuda antes de colgar y terminar por colapsar. ¿Qué haría entonces? Seguir perdiendo el tiempo todas las mañanas no era viable, estaba a nada de ser despedido, no tenía contacto con nadie del lugar que pudiera ayudar cuidando la basura, además de que sonaba a una idea descabellada y tampoco se podía hacer nada contra ellos.

Buscó por toda la casa las trampas para ratón que había comprado por recomendación de un hombre en la tienda. Al preguntarle si era nuevo en el pueblo y él

responder que sí el hombre había planteado la idea de que podría haber ratones por la zona y era mejor ser precavido. Tal vez solo lo estafó para comprar más o tal vez si era una persona amable. Como fuera Martín las había comprado. Se armó de valor y salió para colocarlas en el área donde estaba el bote de basura, así cuando los animales intentaran repetir su fechoría tendrían un problema e incluso una fuerte advertencia de no volver ahí.

Se fue a dormir tranquilo y orgulloso porque por fin podría manejar solo el problema. Mientras dormía, en sus sueños, volvió a escuchar ese extraño susurro, *Nuki-Nuki Nuki-Nuki*, pero esa baja voz se transformó en estrepitosos gritos que le despertaron de golpe. Ya no pudo volver a dormir, se levantó para intentar despejar su mente, comenzó a escuchar ruidos de nuevo y luego un fuerte chillido. Miró por la ventana y ahí vio cómo iban huyendo los animales. Salió a ver lo que había sucedido, se encontró con el bote tirado y creyéndose victorioso alumbró el lugar, pero encontró un pequeño detalle... Un pequeño bebé mapache había sido atrapado por la ratonera, chillaba y se movía desesperado, había sido abandonado por la sobrevivencia de los demás. Mirando a aquel pequeño e indefenso animal los chillidos le recordaron a los de su

propio hijo, el bebé que cargaba en sus brazos y que amó con tanta fuerza hasta su muerte. Martín notó que sus ojos se humedecían, rendido, se sentía una bestia, había vuelto a lastimar a inocentes.

Tomó con cuidado al animal y lo liberó, en ese proceso se llevó un par de mordidas y golpes, pero no dejaría morir a un pequeño que no tenía la culpa de nada. Entró en casa con él para poder limpiar un poco la herida con agua, el pequeño bebé, después de entender que aquel hombre ya no era una amenaza, le miraba fijamente. Decidió devolver al pequeño con su familia, así que se armó de valor y con una lámpara salió al bosque. Caminaba con el animal en una de las manos mientras que con la otra alumbraba su camino.

Mientras se iban adentrando en el bosque comenzó a escuchar ese extraño susurro, múltiples voces que repetían *Nuki-Nuki Nuki-Nuki*, Martín creía que se estaba volviendo loco pero aquellas voces solo aumentaban de volumen. Desesperado caminaba intentando evitar aquel sonido, pero entre más se adentraba más fuertes se volvían. Finalmente, cuando ya eran gritos imposibles de ignorar se detuvo, intentando recuperar el aliento y correr. Miró a su alrededor, estaba perdido en el bosque con una pequeña criatura que moriría de frío si no volvían a un

lugar cálido. Desesperado giró intentando buscar el camino a casa, con la poca luz que emitía su teléfono se terminó encontrando con un grupo de mapaches, los cuales los miraban fijamente, Martín observó al mapache y este le devolvió la mirada, como intentando indicar que estaba bien dejarlo ahí, el hombre se puso en cuclillas para dejar al bebé lo más cerca posible y ver cómo los demás lo tomaban rápidamente para huir.

Al levantarse y girar para intentar volver a casa se encontró con una enorme figura, era como un mapache regordete mucho más alto que un humano. Por la impresión, sintió que sus rodillas le fallaron y, sentado en el suelo, se quedó mirando a la bestia con terror.

—¿Qué haces aquí? —una imponente voz provenía de aquella bestia.

Martín se quedó mudo, no entendía qué sucedía, la situación era tan irreal que sentía que ya se estaba volviendo loco. Tragó saliva e intentó levantarse, pero sus piernas fallaron.

—No puedes huir de la realidad.

El hombre solo miraba atónito, ¿cómo era posible que aquella cosa hablara?, ¿Cómo podía entenderla tan perfectamente? ¿Hablabla su idioma?, ¿Había perdido la cabeza por completo?

—Los humanos son muy peculiares, siempre quieren huir en lugar de luchar.

Martín tragaba saliva, escuchando aquellas palabras caía en cuenta de todo lo que había estado haciendo los últimos días, semanas y meses de su vida.

—Siempre les carcome la cabeza lo mismo, la culpa, el dolor, el pensar en un futuro sin dejar ir el pasado... Deberías entender que eso no te dejará avanzar...

Aquel enorme animal se sentó en el suelo y se quedó mirando al hombre con una sonrisa juguetona mientras se acomodaba un pequeño sombrero que cargaba.

—Tranquilo, no te lastimaré, ninguna criatura de aquí lo hará. Los humanos se preocupan tanto por cosas tan tontas como sus desechos o sus trabajos que se olvidan de lo más importante, ellos mismos.

Martín tomó el valor de levantarse, sus piernas temblaban y apenas podía quedarse de pie, aquella criatura era tan enorme que solo su torso era más alto que él.

—Mi intención nunca fue lastimar... Solo... no podía seguir viviendo así —Respondió el hombre con una voz temblorosa.

—Eso no es combatir el problema es solo huir.

—¡La basura no puede quedarse así simplemente! —Martín alzó la voz casi en llanto.

—Es claro, no se puede, pero la vida está llena de problemas y maneras de resolverlos, debes recordar que huir y la violencia jamás serán las correctas.

Aquella enorme bestia se levantó estirando sus patas para luego dar un bostezo y rascar su estómago dispuesto a irse.

—Martín, deja de considerar tu vida como acabada, la vida solo termina con la muerte y aun no estás muerto.

Esas palabras hicieron romper en llanto al hombre, desde la muerte de su familia todos a su alrededor le habían culpado y solo se había hundido en el dolor, ahora podía entender que no fue su culpa...

Al limpiar sus lágrimas, aquel ser había desaparecido. Los susurros de sus sueños se volvieron a repetir, *Nuki-Nuki Nuki-Nuki*, y los animales que alguna vez habían sido sus enemigos le estaban guiando ahora a través del bosque. Caminaba sollozando, el llanto estaba purificando sus pensamientos y liberando su alma, y cuando menos lo pensó se encontraba nuevamente en casa. Ahí se dio cuenta que aquellos “mapaches” eran muy diferentes a los que alguna vez

había visto en México, eran como una combinación de esos animales con perros.

—Gracias.

Una voz infantil dijo eso en un susurro, al buscarla se encontró, que, así como la bestia, aquellos animales habían desaparecido.

En la puerta de su casa Martín se quedó pensando en volver a México, tal vez al final nunca fue buena idea ir a Japón, tal vez Ciudad de México no era tan malo después de todo... Finalmente podría ir a visitar a su familia al cementerio cuando necesitara hablar con ellos. Pensó que, tal vez, el día de mañana volvería a llegar tarde al trabajo después de dormir todo lo que necesitaba.

Por tu culpa

María Ochoa Morfín*

Llegué al salón justo a las siete en punto. Normalmente me gusta llegar temprano, pero hoy no pude despertarme cuando sonó la alarma. Mis alumnos me esperaban adentro. Vi la sorpresa en sus rostros cuando entré por la puerta a toda prisa y sin saludar, pero no dije nada. Dejé sobre mi escritorio la marabunta de objetos que venía cargando, sacudí un poco mis manos con el afán de aligerar el cuerpo; levanté la mirada, me

* María Ochoa Morfín es mamá, estudiante y emprendedora. Nació en Colima, Colima el 10 de febrero de 1993; empezó sus estudios literarios en la Universidad de Guadalajara y actualmente es estudiante de la Licenciatura en Letras Hispanoamericanas de la Universidad de Colima. Ha publicado cuentos y poemas en revistas literarias y colabora como correctora de estilo en la revista Relaciones del Colegio de Michoacán.

encontré con los ojos extrañados de mis alumnos y me limité a decir “buenos días, jóvenes; denme un minuto”. Poco a poco acomodé mis pertenencias hasta que la caótica marabunta desapareció.

Me sentí más tranquilo. Los estudiantes seguían ahí con sus ojos curiosos, impacientes. En mis diez años de ser profesor de literatura nunca había llegado tarde. Encuentro en la impuntualidad una falta de respeto enormísima y me gusta ser para mis alumnos ese profesor que enseña también con el ejemplo. Además, no me gusta hacer esperar a las personas, en su lugar prefiero ser yo el que espera y he aprendido a hacerlo de una manera sublime.

Como hombre organizado y metódico, casi nada se me sale de las manos, por lo general no me cuesta concentrarme en el presente y siempre estoy listo ante cualquier imprevisto. Pero ese día mi cabeza no me dejaba permanecer, las ideas se apretujaban unas con otras, me era imposible recordar qué había dejado de tarea o si era esa la clase de literatura mexicana del xx o la de literaturas regionales. Mis apuntes parecían jeroglíficos sin sentido. Le di unos tragos al café que llevaba en el termo. Cerré los ojos, conforme el calor de la bebida bajaba por mi garganta, me sentí más tranquilo.

Volví a percibir las miradas de los estudiantes, una de ellas preguntó si todo estaba bien, que me veía algo despeinado. Le dije que sí, solo se me había hecho tarde; saqué mi celular y vi los mensajes que me había mandado Marta un día antes. No había sabido de ella en cuatro años, desde que decidió irse sin más explicaciones que la de no estar a gusto con su vida. Ella era así y yo así la quise. En su momento, me dolió su ausencia, pero ante la imposibilidad de seguir siendo amantes, me conformé con recordarnos como grandes amigos.

Levanté la mirada para ver a mis alumnos. Sin dejar el celular de lado, les dije, “discúlpenme, jóvenes, tengo mi cabeza en otro lado”. Seguí releyendo mi conversación con Marta, le di otro trago al café y escuché que la misma alumna me preguntó qué estaba pensando. Dudé en responder, pero hubiera sido muy descortés ignorarla, la miré a los ojos y le dije “creo que tengo un hijo; lo voy a conocer el domingo y no sé a dónde llevarlo”. Algo en los ojos de mis estudiantes explotó, sentí que volcaban sobre mí un cerro de arena llamado incertidumbre. Preferí dejar de verlos y seguí bebiendo. El café calentaba mis entrañas y yo bebía y bebía esperando que la tranquilidad llegara con el

calor. “Vayan a la biciescuela de Zapopan”, escuché que decía una voz que parecía lejana.

Seguí bebiendo, el calor ya no era suficiente, cerré los ojos imaginando que recorría todo mi cuerpo, de arriba a abajo, de adentro hacia afuera; la calidez me llegó hasta la epidermis, se sentía como el sol de noviembre al amanecer, después de una noche fría que anunciaba la llegada del invierno. Como ese sol que me despertaba en las mañanas augurando los días sin escuela, plantando en mi interior la esperanza de que ese día me sería concedido un deseo. Yo era un niño soñador, me gustaba mucho leer cuentos, pero en los cuentos los príncipes nunca pedían deseos y yo aprendí a esconder los míos desde muy pequeño. Aunque sabía que como futuro hombre debía ocultar mis deseos, dejaba que el sol me regalara ese atisbo de esperanza para alimentar la ausencia que me consumía, y era él quien con su magia me hacía brincar de la cama para empezar esos días sintiendo que la espera valdría la pena.

“La biciescuela de Zapopan”, repetí en mi mente. Ese nombre retumbó en mi memoria. Empecé a ver imágenes de la extensión de terreno que desde aquel entonces conformaba a la Glorieta de la Normal, recordar todo ese espacio me hacía sentir como aquel

día, cuando desperté. Al principio fue como yo lo esperaba: me levanté de la cama y saqué mi Nintendo Switch, todavía recuerdo que solo me faltaba despertar al Pez del Viento para pasar Links Awakening. Ahora que lo pienso, me gustaba esperar a papá jugando videojuegos. Bajé a desayunar. Mi bici brillaba a un lado de la puerta de entrada, me la regaló mi abuela cuando cumplí siete años, era negra con estampas de fuegos rojos y llantitas verdes. En el comedor mamá me esperaba, como siempre, con mi plato de hot cakes recién servidos. Me senté frente a ella sin mirarla, llené de miel los quequis y seguí en mi intento de despertar al Pez del Viento. En ese momento tenía que recordar los movimientos precisos para no perderme en el laberinto onírico y poder llegar al combate final.

“Carlos, cómete tu desayuno y prepara tus cosas, hoy iremos tú y yo a una bici-escuela que me recomendaron”, dijo mi mamá. Dejé el laberinto onírico, la vi a los ojos y le dije “no, papá prometió venir por mí este domingo, prefiero esperar a papá”. “Ya te inscribí a la clase, si no te gustan los instructores yo te puedo enseñar”. Intenté ignorarla y seguí jugando, pero retiró el desayuno antes de que yo hubiera terminado y recalcó: “prepara tus cosas, nos vamos en cinco minutos”. Mamá podía llegar a ser bastante

insoportable. En especial ese día, esa mañana. Subí al auto a regañadientes, cerré la puerta con todas mis fuerzas, y dije en un tono quedo pero que sabía que mi mamá escucharía bien: “prefiero morirme”.

Mamá encendió el auto y arrancó presurosa. Sus llaves y el llavero de bici que las agrupaba chocaron con el tablero del auto, hicieron mucho ruido y yo sentí como el asiento trasero me jalaba casi diciéndome que me pusiera quieto y obedeciera a mi mamá. Recuerdo cuando mi tío Juan le regaló a mi mamá el llavero de bici, ella se emocionó mucho y se puso a contar historias increíbles de cuando ella era joven. Hasta sacaron fotos viejitas donde salía ella levantando algo parecido a un trofeo, pero eran fotos de muy mala calidad y a mí mamá le encanta inventar historias. Me asomé por la ventana y alcancé a notar que la vía recreativa ya estaba repleta de gente, casi todos sin cubrebocas. Mamá siempre decía que con la pandemia las calles eran más tristes porque ya no había ciclistas ni personas a pie, todos iban encapsulados por el aire acondicionado de sus autos y nadie disfrutaba de la ciudad. Pero en ese momento ya lo peor había pasado.

Cuando llegamos al parque, vi desde el auto que había varios niños andando en bici. Era un gran círculo, dividido por banquetas en cuatro irregulares rebanadas

de pizza. Una rebanada tenía juegos para niños, otra unas rampas increíbles con caminos que subían o bajaban y donde se hacían trucos legendarios. Bajé del Aveo gris de mi mamá porque ella no me dejaba en paz, tomé mi bici del manubrio y empecé a caminar hacia el interior del parque. Mamá iba detrás de mí. Pasamos al lado de un grupo de niños más o menos de mi tamaño que, sentados en una banca, veían a los jóvenes más grandes que estaban rampeando en la pista. Pero su atención ya estaba en otro lado. Porque cuando pasé vi que se reían a carcajadas y apuntaban fijamente hacia donde estábamos mamá y yo. “Miren ese de ahí todavía tiene que usar llantitas”, gritó el líder del grupo. Apreté el manubrio de mi bici con más fuerzas, giré levemente la cabeza hasta que mi mirada encontró la de mamá, y más fuerte apreté el entrecejo y los dientes para que ella supiera el tamaño de mi odio. “Todo por tu culpa, pensé”.

Desde el centro del parque podíamos ver la biciescuela que también tenía su propia rebanada de pizza. Había instructores con chalecos que cuidaban a los niños chiquitos y les decían qué hacer. “No voy a ir ahí ni de loco”, le dije a mi mamá. Me dijo que estaba bien, pero comenzó a aflojar las llantitas de mi bici con una llave inglesa. “¿Quieres que me caiga?!” , le grité sin

dudarlo. Mamá dejó la llave sin volver a apretar la llantita. Según ella así sería mejor, pero no lo fue. Mamá no sabe nada. Me dijo que me subiera a la bici. “No me sueltes”, le dije. Comencé a pedalear, el piso era suave y me deslizaba como en una nubecita. Pero mamá no me hizo caso. Solo sentí una gran fuerza que me impulsaba hacia adelante y yo dejé de pedalear, volteé para atrás y la vi, parada ahí, gritando no sé qué, pero supe que ese era el fin y solo alcancé a gritar muy fuerte antes de casi chocar con una banca y, por el volantazo, caer de lado junto con mi bici. Me raspé todo el brazo derecho, una pierna quedó atrapada entre el pavimento y el pedal, me dolía tanto que la abracé apretándola contra mi pecho al mismo tiempo que contenía las lágrimas. Cuando abrí los ojos mamá estaba ahí, se agachó para revisarme y la empujé con firmeza. “¡No me toques!”, le grité en su cara. “Estás tonta. Te dije que no quería venir contigo, todo esto es por tu culpa. Papá no me hubiera dejado caer”, le recriminé.

A mamá le brillaron los ojos, pero estaba muy seria. Volteó a ver a su alrededor, se levantó y me dijo que la buscara si necesitaba algo. Se dio la vuelta y comenzó a caminar en dirección a la gran rebanada de pizza donde rampeaban los más pros. Yo me quedé ahí viendo la llantita de mi bici que había quedado casi

desprendida, quería llorar porque me dolía todo, pero estaba tan enojado que solo podía pensar en todo lo que no tenía, las cosas que no podía hacer y la impotencia de sentir que nada era suficiente.

Vi a mamá saludar a un grupo de jóvenes que usaban esas bicis chaparras que después supe que se llamaban BMX. Los tipos la saludaron como si se conocieran de toda la vida, lo confirmé porque le prestaron una bici amarilla y un casco negro. Mamá se subió a la bici y se adentró en la pista sin pensarlo dos veces. Pensé que sería su fin. Pero de inmediato la vi volar sobre una rampa y caer del otro lado con seguridad. Empezó a ir más y más rápido, el viento empujaba su cabello hacia atrás, despejándole la cara; y con los rayos del sol parecía que su melena destellara ráfagas de luz.

Mamá iba por su tercera vuelta cuando los niños que se habían burlado de las llantitas de mi bici pasaron a mi lado; escuché que uno de ellos les decía a los demás “esa señora le da chido a la baika”. Me pregunté si de verdad era mi mamá. Subiendo y bajando por las rampas como una pirata surcando el mar sin temor alguno a naufragar. Y ahora todos sus amigos gritaban de emoción cuando caía en seco o derrapaba en las curvas; como toda una tripulación que alentaba a su

capitana para no dejarse vencer por el oscuro y profundo pavimento sobre el que navegaban.

Me sentía mejor. Decidí armarme de valor y me paré de un brinco; sacudí el cuerpo y levanté mi bici. Empecé a pedalear, pero casi de inmediato volví a caer. La llantita floja de mi bici salió volando y en lo que me levantaba, mamá ya había llegado a ayudarme. Se bajó a mi altura y comenzó a sobarme las rodillas, puso un besito en mis manos y me preguntó si estaba bien. Incliné mi cuerpo hacia ella; se me salieron unas lágrimas cuando por fin solté el cuerpo y dejé que me abrazara. Respiré profundo por la nariz y los mocos, aflojados por el llanto, regresaron a su lugar. El calor de su cuerpo me hizo sentir realmente mejor, como si se hubiera llevado mi miedo y ahora sentía que yo, como mi mamá, brillaba.

Levanté mi bici para intentarlo de nuevo, mi mamá quiso ir por la llantita que salió volando, pero le dije que ya no la necesitaba. Me subí a la bici y le dije a mi mamá: “ahora sí, empújame con todas tus fuerzas, quiero volar como tú”.

El café se había terminado. Mis alumnos, más relajados, platicaban entre ellos. Guardé mi celular, respiré y exhalé profundo. Desde la ventana del salón entraban los primeros rayos del sol, pensé en mi hijo y

sonreí cuando sentí unas tremendas ganas de verlo por primera vez. “Le quiero comprar una bici”, dije en voz alta antes de comenzar la clase.

Soledad

Ingrid Hernández *

Con ojos vidriosos, Soledad miró fijamente hacia la nada. Intentó concentrarse en su respiración, buscando tranquilizarse, como si su mente y sus recuerdos no acabaran de matarla por segunda vez, de manera imperceptible, silenciosa. De su lado de la línea hubo silencio, a pesar de que tan solo instantes atrás se había mostrado alegre. Había extrañado a su familia. Sin embargo, la llamada la tomó por sorpresa. Aquella última vez que intentó buscar ayuda, en absoluto contaba con que así terminarían las cosas.

* Nació en Colima un 25 de mayo de 1993, estudió la carrera de periodismo en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima y actualmente cursa la Licenciatura en Derecho en la Univer Colima. Ha publicado en algunas ocasiones en la revista digital Monolito y fue seleccionada como una de las autoras de la antología de microficción “¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género” de la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco. Actualmente es columnista del Diario de Colima y de Prensa Libre.

Las pesadillas habían parado cuando ella tenía quince años. El escenario siempre era el mismo: la vivienda de su abuela, aquella casona vieja y oscura, donde tantas veces encontró refugio y muchas otras se sintió amenazada. En su adolescencia, había atribuido los sueños a terrores infantiles: las brujas, los fantasmas, la bruma de sentir que alguien la acechaba. Conforme pasaron los años, fue confiando que solo habían sido eso, sueños, hasta que eventualmente lo olvidó. O mejor dicho, dejó de recordarlo.

La llamada de su abuela para invitarla a la cena familiar donde todos estarían le causó el regreso repentino de las visiones: esta vez más específicas, más violentas y retorcidas que nunca. A pesar de no poder ver su rostro con claridad, tenía la certeza de que quien le causaba terror en sus recuerdos era su abuelo; aquel viejo malo e insolente que siempre había sido demasiado crudo con ella.

El hombre gozaba de una buena reputación ante la sociedad: todos veían en él a un patriarca admirable, de honor, que había sacado adelante a su familia y que había mantenido a su esposa e hijos unidos gracias a su mano de plomo. Daba el diezmo a la iglesia cada Navidad y se codeaba con los vicarios de la

ciudad. La realidad, aquella que se vivía tras puertas cerradas, era muy distinta.

A pesar de que jamás lo presencié, tenía incontables recuerdos de su abuela llorando con su madre en sus visitas, contándole sobre los golpes y las infidelidades. Claro que ella no debía oír esas cosas, las que se discutían en las pláticas de adultos. Pero a veces el llanto de su abuela era grave, ensordecedor. Y su madre siempre estaba dispuesta a consolarla.

Su primer instinto fue rechazar la invitación. De nada servía volver al lugar que ahora le causaba tanto temor y dolor de solo pensarlo, ni mucho menos tratar de enfrentarse a un monstruo que solo ella podía ver. No tenía pruebas y dudaba mucho que alguien se animara a defenderla, arriesgando manchar la imagen impecable de su abuelo; era demasiado peligroso siquiera intentarlo.

Sumida en sus recuerdos, revivió las veces en que la niña que alguna vez fue tuvo que soportar el calor emanado de un cuerpo viejo, aterrizando sobre su torso infantil, mientras la sostenían por las muñecas y tapaban su boca. Recordó los rasguños en sus piernas escuálidas, el ardor calcinante en su entrepierna, como el rozar de una lija a cada movimiento, y ese

característico dolor punzante que la partía desde adentro.

Colgó, diciéndole a la abuela que lo pensaría. Caminó, petrificada, observando su sala como desde un torbellino, tras una cortina de lágrimas. Temblaba, siendo cada vez más la niña y cada vez menos la mujer; aquel tallo mutilado demasiado pronto, sus flores devoradas por las hormigas hambrientas.

Impulsada por el enojo y el instinto de protección que sentía hacia sí misma, aunque también eclipsada por el miedo y la culpa, Soledad decidió redactar una carta. Sería pulcra, sencilla, directa al grano. No revelaría su identidad, y contaba con que nadie exigiría saberlo. No mencionaría detalles, o siquiera su propio lazo con la familia. La correría bajo la puerta de sus abuelos, rezando que fuera su abuela quien la encontrara. Si era ella quien la leía, entonces seguro tendría una confirmación al respecto: un repentino viaje de negocios o un catarro para dar aire a los invitados, así como unos días para que quien fuera el remitente lo olvidara.

Pero los días pasaron, y la joven no recibía la señal que ansiaba. No hubo cancelación, enfermedades inventadas, ni ningún otro cambio de planes. Faltaba solo un día, y habían pasado tres desde que envió la

carta. Sus esperanzas, así como sus nervios, estaban más que destrozados. ¿Qué haría si su abuelo había encontrado la carta? ¿O si su abuela había creído que era un intento de romper con la figura de su marido?

Decidida, buscó el contacto de la abuela en su directorio. No podía seguir consumiéndose en ansias, atormentada por el futuro encuentro con su agresor. Simplemente le avisaría que no podría asistir; sería ella quien cediera ante el fatal encuentro. El teléfono timbró y esperó a que su abuela contestara.

—Querida...

—Abuela, hola.

—Estaba a punto de llamarte.

—Oh, entonces tú primero, dime, ¿qué pasa?

—Lo que hizo tu abuelo... Él...

La joven tenía la garganta en un nudo. Su diafragma parecía no querer cooperar para llevar aire hasta sus pulmones. Sabía que sería sobre su carta. Seguro la abuela había unido los puntos y había descubierto que la remitente era ella, o tal vez su abuelo la había convencido de que eran mentiras, de que *ella* lo había provocado primero, con su inocencia, su apariencia dulce y sus ojos de muñeca.

—No fue él quien abusó de ti... —hubo silencio del otro lado de la línea. —Había esperado que lo

olvidaras, la verdad no sé en qué pensaba cuando...
para... Deberías buscar a tu madre. Ella también lo sabe.
No volveré a molestarlas más.

Cuyutlán

Iván Maracho*

El agua de mar casi todo lo cura. Alivia el calor, la varicela, la soledad y la gripe. Incluso cura la melancolía. Solo la sed el agua de mar no la cura. Lo descubrí a los seis años cuando en esta misma playa me revolcaron las olas y tragué agua hasta vomitar.

A brincos me sacudí el agua y recorrí con mis manos todo mi cuerpo para quitar el exceso. Cuando recogía mis cosas, sobre la arena vi que se acercaba Don Tarrayo y hoy no tenía ganas de detenerme a platicar. Ayer insistió en que no me metiera ni tan temprano ni tan tarde porque El Gentil me iba a llevar al fondo del

* Nació el 3 de septiembre de 1983 en Armería, Colima. Estudió la Licenciatura en Comunicación Social en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima, una Maestría en Artes Visuales de la Escuela Nacional de Artes Plásticas en la UNAM y Cine en la Universidad de Valparaíso, Chile. *Cuyutlán*, es su primera publicación literaria.

mar. Me hice como que no lo vi y salí rápido de la playa hacia el malecón pasando entre la enramada del Güero.

Aun así llegué un poco tarde a la casa de mi tía Goya. Cuando recorrí el pasador de la puerta me gritó desde lejos que me pasara y bajando el corredor percibí un olor a piel húmeda y vieja. La encontré en la habitación donde vivió mi abuela sus últimos años. Estaba sentada en la cama individual viendo fotografías familiares antiguas. A su lado tenía una maleta de cuero y me di cuenta que de allí provenía aquel olor penetrante. Me pidió que me sentara junto a ella con una tristeza solemne. Frente a mí, sobre el muro, aquel retrato de mis abuelos durante una fiesta en Mazatlán allá por los años ochenta, donde mi abuela se ve profundamente infeliz. Goya me enseñó una pequeña foto de mi abuelo cuando tenía 33 años. Estaba recargado detrás de una barra con una cerveza en la mano.

—Te pareces mucho a mi papá —me dijo—. Esta foto se la tomaron en Cuyutlán durante un tiempo que tuvo una enramada.

Supe que tuvieron una enramada hace muchos años pero no sabía que fue en Cuyutlán. En la fotografía mi abuelo, a quien apodaban El Perico, se veía muy joven y fue cuando entendí a qué se refería mi tía con mi

parecido a él. Mientras yo examinaba la foto a detalle ella se puso de pie y me di cuenta que estaba parada frente a mí con dos grandes frascos de vidrio grueso los cuales conocía pero que no veía hace mucho tiempo. Mi abuelo tenía varios por toda su casa. Siempre había uno al centro del comedor, en la cocina, en el baño, sobre el muro en la parte alta de la entrada a su casa y muchos más. Puso los frascos en mis manos y me dijo que la acompañara hasta el patio que en nuestra niñez lo llamábamos barrancón. Se detuvo junto al muro que delimita la casa con el cementerio y mientras arrancaba unas guías de estropajos que habían crecido desde el otro lado me dijo:

—Tu papá Manuel tenía la idea de que en esta casa había enterrados uno o varios tesoros y cada vez que se hacía un nuevo pozo o se abría una zanja para cimiento tenía la esperanza de poder encontrarlos. Vi muchas veces a tu papá pedirles a los muchachos que cuando encontraran carbón enterrado lo metieran en estos frascos para conservarlo. Decía que era el tesoro hecho carbón. Los colocaba a la vista de todos porque decía que un día alguien llegaría y en lugar de ver carbón vería monedas de oro, que si a él se le negaba alguien más lo podría ver.

Fue como si un secreto familiar hubiese sido revelado. Entendí por qué desde niños vimos esos frascos por todos lados y no se nos permitía tocarlos. Fue tan común verlos que habían pasado desapercibidos hasta que desaparecieron. A mí me daban un poco de miedo porque recuerdo que mi abuela nos dijo que era tierra del cementerio para ahuyentar a quien quisiera hacernos daño. Pero ahora esas botellas me parecían distintas y de pronto sentí coraje por tantos años que nos mintieron.

—Había más de diez botellas como ésta —dijo mi tía—, se fueron perdiendo y ahora que remodelé la casa guardé este par para ti, para que ese tesoro quedara repartido entre todas y todos.

La abracé. No recuerdo jamás haber tenido la mínima intención de hacerlo, pero en ese instante me sentí agradecido. Mi tía se soltó llorando y de súbito se limpió las lágrimas, dejó de llorar y mientras se limpiaba los mocos me dijo que era todo.

—Eso era lo que quería decirte cuando te llamé para que vinieras. Me da gusto que vivas en Cuyutlán y acuérdate que no estás solo.

De regreso a Cuyutlán con la emoción hasta se me olvidó pasar por una carpeta de huevos de rancho que había encargado. Durante todo el camino iba pensando

en mi abuelo, en su cara de alegría si ese carbón se le hubiese convertido en oro. Antes de pasar por el cruce del tren vi una serpiente sobre la carretera que por alguna razón se había detenido y levantaba la cabeza para observar más lejos. Me bajé del auto y la moví con cuidado fuera del camino con un palo largo. No me había parecido tan hermoso el atardecer hasta ese día. Apenas me di cuenta de un sembradío de nopales junto a la carretera y de un grupo de pescadores junto al estero. Cuando llegué a Cuyutlán vi a Don Tarrayo echando caguama con varios señores donde antes fue una estación gasolinera.

Ya en la casa amarré las botellas juntas con un alambre recocido y las colgué sobre un clavo reforzado arriba del marco de la puerta en la cocina y confirmé que pudieran verse desde la calle al abrir el portón principal. Me senté unos minutos a contemplar aquellas botellas y vinieron a mí los recuerdos de la niñez en casa de mis abuelos: las visitas de sus amigos pescadores y las grandes fiestas, nuestra vida junto al cementerio que mi abuelo administró por más de treinta años, el dedo meñique que se amputó mi primo Oscar con una cruz a punto de caer y el día en que abrieron un cajón de metal liberando una peste nauseabunda que nos hizo visitar a todos cuando vimos el atole en el que se había

convertido el difunto aún después de varios años enterrado. Pero apenas percibí que estaba cayendo el sol y me fui al mar. Desde que me mudé me prometí no perderme un solo atardecer.

Allí en la playa frente al inmenso mar donde destellaba un sol que ya no lastimaba los ojos, me di cuenta que ya había olvidado que me fui a vivir al mar para sobrellevar mi divorcio. En diciembre se cumplía un año y aunque a veces extrañaba su sexo me di cuenta que también podía vivir sin él. Una ballena y su cría me sacaron de mis pensamientos y vi cómo asomaban sus lomos por encima del agua y brillaban desde lejos. Me acordé de mi hija Nahualli que mañana estaría por fin conmigo. Y como siempre, antes de regresar me metí al mar. Me gustaba flotar después de donde revientan las olas y me ponía a hablar con él. Tenía la certeza de que el mar me escuchaba y que de alguna forma me podía responder. Había hecho el hábito de contarle todo y ya no sabía si le hablaba o era con el pensamiento, pero allí en el mar al atardecer sentí la plenitud sin abrumarme de lo complejo de lo que todo podía llegar a ser. Allí flotando vi cómo el mar se tragó el sol.

Entonces algo me golpeó por la espalda y del susto grité. No porque me hubiera dolido, grité porque creí en uno de esos cuentos de Don Tarrayo. Era una

mujer. Sus ojos redondos y negros me miraban aguantándose las ganas de reír y se disculpó. Miré alrededor para saber cómo había llegado. Allá a lo lejos un par de pescadores estaban en lo suyo.

—Tú discúlpame a mí por el grito —le dije.

—No te preocupes, yo tampoco te había visto, pero gritaste como si hubieras visto al mismísimo Gentil —agregó.

Me sorprendí que hubiese adivinado el origen de mi miedo y también tenía la impresión que ya la había visto.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—Aquí vivo.

—No recuerdo haberte visto, le dije.

—Yo sí. A veces vienes con tu hija o ella anda sola por aquí tomando fotos. ¿Dónde está? Por cierto —respondió.

—Anda con su mamá, llega mañana —le dije y luego me arrepentí. Pensé que no estaba bien darle esa información a un desconocido.

—¿Qué?! —me dijo y entonces noté que me le había quedado viendo inmerso en mis pensamientos mirándola a los ojos. Me hice el despistado mirando el color dorado del cielo.

—¿Entonces eres divorciado? —pregunto y respondí:

—Sí, pero también se dice soltero. Me gusta más como se escucha eso.

Ella se río de mí, o conmigo, no lo sé. Pese a todo me transmitía confianza. Estuvimos platicando hasta el amanecer. Conforme anochece tenía la impresión de que su cuerpo aumentaba de tamaño. De ser una pequeña mujer de grandes ojos se había convertido en un corpulento ser que jugueteaba en el agua como un hábil pez. Sentí ganas de irme y me despedí. Ella se quedó en el agua. A lo lejos tenía la impresión de que seguía aumentando de tamaño.

Camino a casa todo estaba oscuro y el alumbrado del malecón no estaba encendido. Comprendí entonces que no había luz. Sucedió seguido. Ya en casa encendí un sirio que siempre tenía en el comedor del patio. Me bañé a jicarazos con agua de la tina que se había calentado con el sol. Esa noche soñé con Yemanya. Así se llamaba la chica que había conocido esa noche en el mar. En mi sueño nos estábamos bañando de día en el mar y me pedía insistentemente que nos fuéramos. Me pedía que me saliera del agua. Yo creí que estaba jugando. Me empujaba con sus manos con inusual fuerza y no le hacía caso. Me desperté cuando vi que sus

piernas eran extrañas, cubiertas de lama verde y dedos de reptil. Eso me ayudó a madrugar para limpiar la casa. Nahualli llegaría a las diez.

Mientras esperaba que llegara me puse a escribir esta historia. Entonces escuché que tocaron el claxon. Abrí la puerta y mi hija, sin bajar todavía, se despedía de su mamá. Después se bajó para buscar su mochila en la puerta trasera. Su madre me observaba sin decir nada a través de sus lentes oscuros. Su actitud me repelía. Entonces ayudé a mi hija con su mochila y le di un abrazo. Yo entré a la casa con la mochila de mi hija sin mirar atrás. Mi hija se despedía diciendo adiós con su mano.

Como era tradición, el primer día que llegaba nos íbamos a la playa todo el día desde temprano y comíamos en la enramada del Güero. Nahualli y yo habíamos hecho un enorme pozo en la playa con una pala que especialmente para eso había comprado. La estaba esperando porque me avisó que iba al baño. Entonces me tocó en el hombro para avisarme que los dos baños estaban ocupados y que ya se hacía. Le dije que orinara en el mar pero me insistió en que ella quería hacer caca. Tomé la canturrea donde guardo las llaves y la cartera para ir a que hiciera del baño en casa. Estaba

a punto de abrir la puerta cuando sentí algo así como un mareo. Nahualli me miró extraño y supuse que ella se dio cuenta de eso.

Comenzó a temblar. Primero hacia los lados no tan fuerte y después intensamente arriba y abajo- Nahualli se me abrazó por un costado y yo me sostuve de un almendro que sembré recién cuando llegamos a esa casa. Escuchamos como si algo debajo nuestro en lo profundo se rompiera, como enormes piedras chocando en el fondo del agua. Escuchamos algunos gritos a lo lejos, láminas de asbesto cayendo y un vaso rompiéndose en el interior de la casa. El portón de metal viejo en la entrada de la casa se cayó hacia adentro. Me asusté mucho porque el sismo no parecía terminar. El movimiento fue aminorando de a poco, como un animal agonizando.

Cuyutlán se quedó en silencio, ya ni ladraban los perros, ya no se escuchaba el mar y eso me aterrorizó. Sin pensarlo dos veces subí a Nahualli en la parte trasera del jeep descapotado y después subí yo para huir. Justo cuando encendía el auto observé sobre el marco de la puerta en la cocina los dos frascos llenos con brillantes monedas de oro y vi el rostro de mi abuelo. Antes que pensara en bajar por ellos Nahualli me sacudió fuerte por la cabeza gritando y fue entonces que

miré por el retrovisor el mar recorriéndose. Sentí un escalofrío y en la boca de mi estómago una bola de fuego grande a punto de explotar o hacerme vomitarla. Viví cada centésima de segundo pensando en el mar, las monedas de oro y mi hija gritando. Como en las películas de terror. Sentí que recapitulé mi vida entera desde niño y reaccioné con mi hija gritando:

—¡Papá vámonos ya! —salimos a toda velocidad.

En el camino los habitantes se gritaban unos a los otros que el mar se estaba saliendo. No me detuve por nada ni por nadie. Vi a Don Tarrayo afuera de la tienda de Lupita sentado en el tronco con una caguama en el piso como si nada pasara. Yo pensaba solo en mí y en mi hija. En estar lo más lejos posible de allí. Miraba a cada rato por el retrovisor que las olas no nos alcanzaran. Nahualli estaba muy asustada y no dejaba de mirar atrás. Pensaba en las monedas de oro en el fondo del mar y en mi abuelo cuidando su enramada en Cuyutlán que estaba a punto de desaparecer.

MURMULLOS DEL OLEAJE

Se terminó de imprimir en febrero del 2023 en la
Imprenta de Gobierno del Estado de Colima de la Subsecretaría de Cultura
En la Ciudad de Colima, Col. Con un Tiraje de 500 ejemplares,
Edición revisada y autorizada por los autores.

EL GRUPO DE LOS DIEZ

Antología Poética de Noveles Colimenses:
Literatura en Comunidad

Coordinador del Taller
Hiram Ruvalcaba

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2022 – Proyecto AIEC 2022 CM 03 - Literatura en Comunidad. Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos en los establecidos en el programa.



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

DIRECCIÓN GENERAL
VINCULACIÓN CULTURAL



COLIMA
Gobierno del Estado

Secretaría de
Educación y Cultura
Subsecretaría de Cultura

Colima se transforma
CONTIGO

EL GRUPO DE LOS DIEZ

Antología Poética de Noveles

Colimenses:

Literatura en Comunidad

EL GRUPO DE LOS DIEZ

Antología Poética de Noveles
Colimenses:

Literatura en Comunidad

Coordinador del taller
Efrén Rodríguez

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA
SUBSECRETARÍA DE CULTURA

El grupo de los diez. Antología Poética de Noveles Colimenses: Literatura en Comunidad

Primera edición: febrero de 2023

Derechos reservados, © 2023

Secretaría de Educación y Cultura del Gobierno del Estado de Colima

GOBIERNO DE MÉXICO, SECRETARÍA DE CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA DEL GOBIERNO DE MÉXICO

Alejandra Frausto Guerrero

SUBSECRETARÍA DE DESARROLLO CULTURAL

Marina Núñez Bernal

DIRECTORA GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL

Esther Hernández Torres

GOBIERNO DEL ESTADO DE COLIMA

GOBERNADORA CONSTITUCIONAL DEL ESTADO DE COLIMA

Indira Vizcaino Silva

SECRETARÍA GENERAL

María Guadalupe Solís

SECRETARIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Adolfo Núñez González

SUBSECRETARIO DE CULTURA

José Emiliano Zizumbo Quintanilla

COLABORADORES

COORDINACIÓN OPERATIVA: Miguel Olmedo Valle

COORDINACIÓN EDITORIAL: Melisa Bayardo

MAQUETACIÓN: Jorge Pérez Gutiérrez

IMAGEN DE PORTADA: Freepik

ISBN:

Gobierno del Estado de Colima | Subsecretaría de Cultura | Calzada Galván Norte esquina Ejército Nacional s/n Tel. (312) 31 3 06 08 | C.P. 28000 | Colima, Col.

Queda prohibida la reproducción no autorizada de los contenidos del libro.

Edición realizada con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Apoyo a Instituciones Estatales de Cultura (AIEC) 2022 — Proyecto AIEC 2022 CM 03 — Literatura en Comunidad.

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido su uso para fines distintos en los establecidos en el programa.

Impreso y hecho en México

Made in Mexico

INDICE

EL GRUPO DE LOS DIEZ.....	8
PRESENTACIÓN.....	9
GUADALUPE AGUILAR TORRES.....	11
JOSÉ CARLOS FRAGA CRUZ.....	15
ELPIDIA LIZBETH PRECIADO MADRIGAL.....	19
ROSA EUGENIA OROZCO GARCÍA.....	29
EVELYN ANAYELZIN RIVAS RÍOS.....	34
LIZBETH GUADALUPE MALDONADO PÉREZ.....	40
XITLALI CERVANTES OLIVO	46
SERGIO DE JESÚS FIGUEROA PLASCENCIA	49
MARÍA DEL ROSARIO GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ.....	58
CRISTINA YUNUÉN SÁNCHEZ CALVILLO.....	64

EL GRUPO DE LOS DIEZ

En el marco de ese bello escenario,
la brisa marina invade el cielo,
y un suspiro que brota como anhelo,
nacido en ese mundo legendario.

Las blancas aves viven un calvario
cuando son atacadas en su vuelo;
pero el sol, poniéndoles un velo,
las protege con su alma de anticuario.

Entonces, un susurro sale del mar:
Un puñado de ninfas y tritones
afinan voces dispuestas a cantar.

Es, pues, el grupo de los diez poetas,
que traen sus frescos versos de anfitriones,
para llegar al sol con sus veletas.

Efrén Rodríguez

PRESENTACIÓN

Diez poetas en formación aquí reunidos. Diez voces que van hacia el ancho y prodigioso mundo de la poesía. El trayecto no es nada fácil, está lleno de baches y ríos y océanos y montañas que hay que cruzar, pero siempre siguiendo esa luz que es la poesía, que es ese mundo de sueños al que cada uno quiere llegar.

La creación poética requiere dos elementos supraesenciales: talento y disciplina. Cuando se combinan los dos con eficacia, surge el poema como una chispa que lo invade todo, que se derrama como un sol de infinitas posibilidades, como un torrente que nada lo detiene. Se siente una pasión tan fuerte...

Así percibí al grupo de los diez poetas en formación con el que hicimos un taller en el puerto de Manzanillo, como parte del proyecto “Literatura en Comunidad”, auspiciado por la Subsecretaría de Cultura del Gobierno del Estado de Colima. Fue realmente una experiencia maravillosa conocer y trabajar con una de las más nuevas generaciones de poetas que se inician. Donde encontré, en cada integrante, esa fuerza que mueve al poeta.

Los aquí publicados, son textos iniciales, pero que ya contienen esa aura que envuelve a la poesía. De ellos

dependerá seguir en esta aventura. Por lo pronto, saludo con agrado estos inicios.

Durante treinta y tres años coordiné el Taller Literario *Tablero* en la Biblioteca Central “Profa. Rafaela Suárez” de la Casa de la Cultura de Colima. Decenas de poetas y narradores allí se formaron e iniciaron su carrera literaria que ya ha dejado muchísimos frutos regados por todas partes.

Enhorabuena al Grupo de los Diez Poetas con este buen inicio. Finalmente, agradezco al Subsecretario de Cultura, José Emiliano Zizumbo Quintanilla y al Director de Cultura, Miguel Olmedo Valle, por su gran apoyo brindado a este maravilloso proyecto.

Efrén Rodríguez
Colima, enero de 2023

GUADALUPE AGUILAR TORRES

Nació en Manzanillo, Colima el 08 de diciembre de 1968. Estudió Ingeniería en Mantenimiento Industrial y todavía se encuentra estudiando Física Cuántica en la escuela de Ramtha en EUA.

RECLAMO

Caminando con tranquilidad
Hacia la playa escondida
Me preguntó la mar:
¿Estás feliz con tu vida?
La roca me dijo:
¡Bienvenida!
La palmera se inclinó
Y yo respondí:
¿Y qué, si no me siento de aquí?
Pero estoy.

Molesta
Inconforme
Con esta bajeza
de realidad
Que me muestra
Como espejo

Lo que soy.

Al jugar al victimario y victimizarme
Llamo, robo tu atención al enfermarme
Me niego a pagar por el aire que de agua
Quieren disfrazar.

No seré tu títere
YA NO TIENES EL PODER.

Me arrastra la conciencia
De las masas
La indolencia
Indiferencia.

Uso de pretexto
Mis vidas pasadas
La conexión con mis ancestros
El karma
La mortalidad de mi cuerpo.

¡Qué pena!
Veo cadáveres errantes deambular,
Ninguna droga llena su hueco abismal.

Reconozco mi débil condición humana
Lo acepto: no soy buena hermana.
A mis padres reclamé
Las carencias que viví
Que me perdonen les pido
Por haber pensado así.

Soy consciente de que estoy consciente

¡YA NO MÁS, RECLAMO MIS DERECHOS!

Amarme incondicionalmente

Comunicación

Con mi alma

Las aves

El árbol

El agua

El aire

La tierra

El fuego

Seres invisibles

Seres amados

Desencarnados

Con mi Ser superior.

Convertir

Mis experiencias en sabiduría

¡Crear mi día!

Abundancia

Riqueza fabulosa.

Presente en espacio seguro

Emocional

Físico

Mental

Financiero.

Alimentarme con energía sutil

¡YO ELIJO!

Abierta a la música de las esferas
Recuerdo quién era
Antes de mi venir.

En libertad vivir
Ir a donde quiera
Sin que existan barreras
Ni visa que exigir.

EN PAZ
EN ARMONÍA
Como mi abuela decía.

HABLO A
Mis átomos
Mis células
Regeneren mi cuerpo
¡AHORA!

JOSÉ CARLOS FRAGA CRUZ

Nació en febrero del 1997 en Colima, Colima. Egresado de la Facultad de Psicología de la Universidad de Colima. Su recorrido literario es corto, siendo esta su primera publicación de este estilo, derivada de la participación en los talleres de Literatura en Comunidad en Manzanillo, Colima.

VACÍO

Llegas en el momento indicado
Con tus ojos de colmena.
Abrazas al vacío
Que me provoca tu ausencia.

Me rehúso a llenar tus espacios
Con cualquier alma vacía.
A caminar nuevas sendas
Desnudar almas nuevas.

Es por eso que me gusta
Tener tu silla ocupada

Y por lo menos llenarla
Con una hermosa guirnalda.

Aunque su luz no se compara
Con tu profunda mirada
Y siempre deja una llaga
El saber que ahí, tú estabas.

Ven, lléname de nuevo
Con tu miel que encarna almas.
Concédeme dos besos
Uno hoy, otro mañana.

DILE

Dile a tu cabello que ahora va a ser tocado por alguien que no soy yo. A tu boca, que ya no me pertenece; que ahora tu lengua se va a ahogar con otra lengua, y que tus dientes, van a chocar con otros dientes.

Cuéntale a tu piel que ahora se va a erizar con otro tacto; a tu cuello, que tendrá que hacerse un collar de besos con otros labios.

Dile a tus preguntas que tendrán que ser respondidas por alguien más, que yo ya no estaré. Porque sí, te amaría aunque fueras una oruga, porque te amé cuando fuiste verano y me abrazaste con tu pecho abierto, acurrucándome en tu seno.

También dile a tus hábitos que tendrán que ser aprendidos por alguien más, que tendrán que explicarle porqué cuentas hasta tres antes de llamar a la pizzería o porqué cuando te bañas empiezas por la cabeza.

No te olvides de decirle a tus miedos que tendrán que presentarse ante alguien más. Diles que no teman, que

se develen hasta el hueso, hasta la médula, para que no queden dudas de su procedencia.

Pero por favor: por último. Dile a tus pies que caminen despacio, para que no tengan que recorrer un largo camino al regresar a mi pecho abierto.

ELPIDIA LIZBETH PRECIADO MADRIGAL

Nació el 28 de noviembre de 2000, en Coalcomán, Michoacán. Estudiante de octavo semestre de la Licenciatura de Letras Hispanoamericanas en la Universidad de Colima. Participa en Destellos de la FALCOM. Finalista del libro impreso del Premio Ariadna de Poesía 2019 y del libro digital del Premio Ariadna de Poesía 2020. Escribe a los aliados del cosmos, guerreros lejanos pero enemigos de tu existencia.

KRISTA

I

Hoy descubrí que soy paralela.

(Alguien observa).

Soy polar,

un imán.

(Aparece),

¿y tú?

II

Hoy descubrí que soy paralela.

Me di cuenta

de...

Lo desolado.

Lo destrozado de las teclas.

Lo sucumbido de mis ojos.

La felicidad vive inerte.

Siempre la busco,

escudriño

en el bosque.

Desesperada,

viajando al vacío,

saltando a la muerte

riendo con la sangre,

llorando por las heridas.

Gritando.

Ahogando en soledad TODO.

Mutilando los colores.

— Regresa

— ¡No voces estúpidas!

— ¿No ven estrellas de Júpiter bailar con Urano,
ondeando banderas arcoíris?

III

Soy una suicida de Neptuno andante.
Esa campana tintineante, que
mata,
corroe.
Troza pedazos de piel,
rasga los recuerdos felices,
destroza el primaveral árbol y envenena los jardines.
Soy la dama lunar hilada de sangre.

IV

Escala el monte para ver sus delirios,
ver sus torpezas,
ver sus fracasos,
ver su nefasta existencia,
ver la silueta nebulosa en el espejo,
para escrudñar su rostro,
para acribillar la niebla de luz,
para matar salidas,
para cerrar puertas,
para pegarle al Sol nubes y disminuir su
brillo,
para seducir a la Luna y engatusarla con los
ojos bélicos y
así no regrese nunca a su órbita,
para ver las alturas,
para auto-torturarse,

para ver la lejanía,
para abrazar su desnudez insólita,
para aventarse,
para verse morir, para...

Morir,

morir,

morir,

espero morir.

— ¿Realmente entraste al diluvio de estrellas?

— ¡Largo, no perteneces aquí!

V

Cuelgo un hilo rojo.

Las tijeras inservibles lo cortan,
pero reaparece.

El filo para cortar ha desaparecido
en destellos de polvo,

renombrándose, sin decir cómo evocarlo de nuevo.

— Regresa, aún debes construir las gotas,
construir el arcoíris,
construir la aurora boreal,
construir...

Te doy un latigazo porque....

Te maltrato porque... T... (Tú eres vida).

Te amordazo porque... Tu v... (Voz esmeralda ilusiona).

Te grito porque... No Q... (Quiero) O... (Oír)... Tus
súplicas.

Te callo porque... Tus p... (Palabras) significan
esperanza.

Orquídea verde llega.

— Ven, soy yo, tú. Quiero abrazarte,
subir contigo, caminar por los laureles.

— No, largo.

Y... Regreso al inicio

VI

Soy dualidad.

Soy engañosa, falsa y enigmática.

Soy el cosmos de mis ojos.

Soy tú y soy yo.

—Somos... ¿Siluetas?... Somos...

— Sí, termina de ponerme una etiqueta,
hipócrita sociedad.

— Máscara de igualdad, traga y ve
cómo eres tú o el alrededor.

— Pero yo...

— ¡Nada!...

Y regreso...

Eres tú el culpable de que yo sea tú
y yo a la vez.

Juntos somos...

ROMPER LA PIEL

Y sí...

Un tubo de hierro pedalea cráneos...

Absorbe pigmento por pigmento,

tinta mi piel,

chispa nubes pálidas,

deleita un cóctel rojo,

absorbe...

Sus labios gélidos trozan,

jalan, rompen, cortan,

a lentitud de microsegundos una y mil venas...

Sus labios gélidos tocan la línea;

ligera,

pálida,

suave,

delgada,

débil,

posa sus labios,

besando el vacío...

Sus labios gélidos absorben mi sangre

danzante; azul, roja, verde, negra, morada.

CANCIONES, ALGODÓN DE LETRAS Y MÚSICA

Escucho sonoridades.
Las siluetas bailan.
Ondas magnéticas, campos oscilantes y magnéticos.
Golpean los tímpanos.
Las cuerdas de letra tatuada en tempos
Al compás del director.
Hablan con la voz, silueta de notas musicales.
¡GRITA!
Sonrío ¡LLORO!

Sin avisar llega Soledad.
Me hace perder mi “toque PERSONAL”
¡ALARIDO!
Clava sus uñas en mis labios.
Rompe la libertad (mi habla).
Rasga notas musicales.
Me estrella.
Me ata.
¡GRITO!
 Suspiro...

Escucho,
abro la puerta.
Bailo con el Sol.

Duermo a la luna.
Cuelgo las nubes y quito las estrellas.
Coloco un arco,
mezclo aditiva y sustractiva de siete plumas solares.
¡BRINCO!
Soy similar a un espíritu bailarín.
Danzo sin cansancio.
¡...INTENTO sonreír... INTENTO NO llorar...
INTENTO bailar con música...!
¡PARA NO SUICIDARME!

EL SOL VIVE EN BARROW

¡ESCUCHAS! El Sol se apagó.
¡ESCUCHAS! La penumbra nos cegó.
¡ESCUCHAS! Ha muerto la amante del Sol.
¡ESCUCHAS! Nunca habrá un despertar del girasol.

¡ESCUCHAS! La nostalgia hoy renació.
¡ESCUCHAS! El infierno terrenal volvió.
¡ESCUCHAS! Ni el maquillaje de nubes
 cubrirá las ojeras lluviosas del Sol
tempestuoso.
¡ESCUCHAS! Ha caído el Cielo, ha caído el Sol, ha caído
el Día...
 Ha caído el majestuoso.

¡ESCUCHA! Ha caído la doncella.
¡ESCUCHA! Ha caído la bella.
¡ESCUCHA! Ha caído la pirata reina.
¡ESCUCHA! Ha caído nuestra reina.

¡ESCUCHA! Se acerca un despertar nocturno.
¡ESCUCHA! La muerte no es Sol, es Saturno.
¡ESCUCHA! Corre al escudriñar balas.
¡ESCUCHA! Corre al cantar, bailar, llorar, masticar
balas.

¡ESCUCHA! Es aliento volcánico llamando al Sol,
VAMOS.

¡ESCUCHA! Son latigazos de truenos, llamando al Sol,
CORRAMOS.

¡ESCUCHA! Es la lluvia de Saturno y Júpiter llamando al
Sol, CUIDADO.

¡ESCUCHA! Son soslayos de ninfas llamando al Sol,
SOLDADO.

¡TE LO DIJE! El Sol renacerá, sus aliados
Volcán, Trueno, Saturno, Júpiter, Ninfas,

¡están aquí!

¡TE LO DIJE! Reunidos serán ejércitos de ultramar,
¡están aquí!

¡HOY VENDRÁN POR TI!

¡TE LO DIJE! Ixtab un cadáver perla, no es cráneo de tu
terrenal.

¡TE LO DIJE! Ixtab, el cosmos, las nubes, los cielos,
¡EJÉRCITOS! GUERRA/SOLAR de

Huitzilopochtli,

VIDA de Itzamná,

GUERRA de Baluc Chabtán,

NOCHE de Tezcatlipoca

¡Hoy mutilarán en el abismo de la perdición!

ROSA EUGENIA OROZCO GARCÍA

La niña de las estrellas, Rosy Orozco, aterrizó en las tierras de la antigua Tenochtitlan, hoy CDMX, leona nacida el 6 de agosto de 1983 escribe desde pequeña, es madre de 3 hijos, publica regularmente en el blog Piedra lisa, vive muy feliz en las tierras de sus abuelos, Colima, su intención al escribir es conectar con las almas libres y gozar en el proceso.

MEMORIAS OCEÁNICAS

Niña diosa de las estrellas, hija de Slajibal Ajawetik (los últimos dioses) succioné de los pechos de mi madre el néctar de la Vía Láctea, arrullada fui en los cálidos brazos del sol por el primer sonido de la creación.

Nieta de la sirena druida de Tiamat, engendró a mi madre en su vientre de agua salada, al parirla provocó el Diluvio Universal, salpicó los vientres de todas las mujeres.

Mi abuelo el elegido, explorador galáctico, nacido de una tormenta en el sol de una noche en el último mes, sus hazañas las cantan en la tierra.

Tengo el corazón violeta de los ojos de mi madre y el odio a los actos canallas de mi abuelo me dejó como herencia el fuego del futuro.
Por mi padre llevo la oscuridad, infinito vacío, soy semilla quasar en el útero celeste de mi madre.
Entre hermanas estelares nací.
Soy madre de diosas, paridora del león con meteoros por melena.
Polvo de estrellas fugaces me permite estar entre humanos, el olor a lignina oxidada me recuerda mi hogar.
Fragmentos de baobabs se entrelazan a mi sangre.
Mis sueños son esporas al viento, converso con todo, también lo siento.
Plumas luminosas de Iztaccuauhtli hay en mi espalda, navajas de obsidiana en mi lengua afilada.
Brotan ríos de mis senos, excitada hago danzar la tierra; al dejarme llevar, huracanes y tormentas lo mojan todo.
Mis orgasmos de miel en espasmos se derraman, nuevos mundos nacen salpicados de polen de galaxias.
Mi rabia y mi furia dejan negros agujeros, mis sonrisas puentes de Einstein-Rosen.
El lenguaje juega en mi boca, peces plateados en cardúmenes de palabras hacen poesía, saltan entre mis besos a los corazones de los hombres.
Las aguas de la nona me reciben con olas de abrazos y salados besos, en su canto marino las memorias de mi origen y renacimiento.

Torrente de agua que inunda
Mar de mi voz profunda
Palabras de arena canto
Cielo de octubre mi manto.
Poesía que el sol fecunda
Hoy de mi vientre renace.
Juega el viento, él me hace
De flores una diadema,
Entre mis piernas, poema
De mis entrañas él nace.

TESOROS

Enterrados en la arena
Estos versos en cadena
Efrén, has mostrado el mapa
Que la inspiración desata.
No cabe en una decena
El alma de esta poeta
De tantas voces repleta,
Al mar suelto los temores
De sueños y de colores
Llevo llena mi maleta.

ABUELA

Para Trini

Te fuiste secando al sol,
Es la vejez agua que vuela.

EVELYN ANAYELZIN RIVAS RÍOS

Nació el 18 de septiembre de 2003 en Matamoros, Tamaulipas. Actualmente es estudiante de Letras Hispanoamericanas en la Universidad de Colima y ha sido publicada en la revista Interpretextos.

TREN OTOÑAL

Los transeúntes esperan el tren de estaciones,
para navegar entre el limbo de la vida y la muerte.
Donde sus conciencias viajen en espasmos
de placer, donde su mirada no se pierda en el rincón de
soledad.

Y el tiempo otoñal no apague la primavera con su
invierno sangriento,
lleno de espinas por la sed de esperanza y la pérdida de
la vida.

EL REINO DE DIOS

Dios padre y Dios hijo, tú que reinas en los cielos de la tristeza.

Dios, tú que reinas en la mente de los ausentes.

Tú que estás en alma y cuerpo,

esparciendo sufrimiento por todos lados,

tú que pecas en la presencia divina de tu reino.

Señor Dios padre, Dios hijo,

tú que reinas en los descalzos corazones de tus hijos,

bésale los pies a la muerte y susúrrale en su vientre la

vida.

SOLEDAD SONORA

Ayer en tu habitación me recitaste calor,
dibujé entre las pecas de tu espalda las constelaciones
de nuestro universo.
Pero hoy mi cuerpo se despertó acariciando la sombra
de tu amor,
dejé que la música tocara sobre mi soledad sonora.
Me perdí en tu recuerdo y la marca de tu presencia se
perderá con el tiempo,
tal vez mañana a tu memoria le crearé un altar.
Y en un futuro podré oprimir la nostalgia de mi voz
poética
que grita en tu nombre mi amor por ti.

RECUERDO

Mis oídos siguen escuchando tu voz,
tal vez sea una de las razones de esta nostalgia que me
agobia el alma.

Mi cuerpo suspira a gritos tu cuerpo sobre el mío,
y así hundirme entre tus deseos.

Amor mío, espero con ansias nuestro encuentro
y plasmar en los lienzos las evidencias de mi amor
sincero.

Y así crearemos un Evangelio de tu cuerpo,
porque el amor es la esencia primordial de la
existencia.

EROTISMO DE DIOS

Porque Dios creó el placer divino del amor,
porque en las noches de silencio,
la muerte y la vida lo hicieron en nombre de Dios.

SUSPIRÓ EL ALMA

He atravesado el abismo de la vida, he atravesado la
ignorancia del ser.

Mi cuerpo inerte permanece en reposo sobre la
tranquilidad

del viento y el náufrago se consumió como el suspiro
de la última vela.

La esperanza humana se desvanece entre los ríos de
llanto de nuestra madre.

El cuerpo de los pobres se ahoga en el vacío de la vida.

En ese instante de agonía, se condena la oscuridad
silenciosa y le susurra a las almas.

Y entre el mar de cuerpos y mi cuerpo,
se hunden en un inframundo de pensamientos.

LIZBETH GUADALUPE MALDONADO PÉREZ

Nació el 16 de septiembre de 2002 en Kansas City, Misuri pero lleva 15 años viviendo en Colima. Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispanoamericanas de la Universidad de Colima donde ha sido publicada en la revista Interpretos.

¿QUIÉN SOY?, ¿DÓNDE ESTOY?

Qué haces si la vida se va rápido
A dónde corres si no hay fin en la tierra
A quién recurres si todos tienen sus problemas
Buscar, solo busco el olvido

Quiero superarme a mí misma
Quiero buscar una salida
Quiero empezar de cero
En algún mundo nuevo

Corre, corre me dije a mí misma
Corre y no mires más atrás

Ya no busques nunca más
Que aquella niña ya no está

Corre hacia el fin del mundo
Al país de nunca jamás quizás
A quién recurras si todos tienen problemas
Hoy solo quiero olvidar...

QUÉ VIDA LA MÍA

Hoy escribiré un par de versos
Aunque carezco de mucho talento
Para un par de personas, así sin más
Que con ellos dan ganas de vivir más.

Desde que tengo la memoria
sin ningún remordimiento
Me enseñaron sus talentos.

Quiero decirles que estoy agradecida
Porque alguien los puso en mi vida.

Puedo irme a la tumba contento
Porque he vivido los mejores momentos
Con mis dos abuelos y mi tía.

DESTINO: TE OLVIDASTE DE CUMPLIR

Dame 5 minutos para respirar
Dame 10 minutos para llorar
Solo 3 segundos para sonreír
Y una vida entera para madurar.

No te pido mucho, destino
Solo ser aquella niña de 3 años
Con dos padres y 4 hermanos.

Destino: prometiste cumplirme mis caprichos
Destino: nunca pedí tener el corazón roto
No pensé que fuera tan oscuro
El mundo adulto da miedo.

Parecen delincuentes esposados a la vida
Una vida que no tiene salida.

¿DÓNDE QUEDÓ EL AMOR?

Distintos mundos tan paralelos
Llenos de risa recuerdo yo
¿Dónde quedaron aquellos besos?
¿Dónde quedaron?, pregunto yo.

Que la vida pase lento
O perderé nuevamente el aliento
¿Qué pasa si se fue la vida?
Ya no quedará el tormento.

Hoy pregunté por ti
Por aquellos recuerdos
¿Dónde quedaron aquellos besos?
¿Dónde quedaron?, pregunto yo.

SOMBRA

Desde que di mis primeros pasos
Eres mi fiel compañera
Mientras reina la oscuridad
Somos una sola hoguera

Pero
Cuando llega esa
Estúpida pasajera
Te obliga a esconderte detrás de mí

No temas:
Mi fiel compañera
Si sabes que siempre
Estaré para ti

Para defenderte
De la insoportable luz
Esa que llega y se va como rayo
Se queda solo un instante
Pero se cree muy importante

Ridícula
Dijimos al mismo tiempo
Cuando dejamos la luz
Y nos adentramos en nuestro desierto.

XITLALI CERVANTES OLIVO

Nació el 25 de agosto de 1999 en Colima, Colima.
Actualmente es estudiante de Letras
Hispanoamericanas en la Universidad de Colima.

LA PREGUNTA

Un diálogo desde el corazón
entre lo divino y el mundo,
el hombre y el dador de vida
¿Por qué estamos en la tierra?
Es la pregunta que nos conduce
por el sendero a la verdad del misterio del existir.

CORRO

Corro, siempre corro,
intento escapar
y siempre vuelvo al mismo lugar,
no me dejas ir
pero tampoco me soportas,
me haces daño,
me estás destrozando,
llorar ya no sirve de nada,
ya no puedo soportarlo.

TE QUIERO O TE ODIO

¿Te quiero o te odio?
Siempre me lo he preguntado
Te quiero cuando reímos
Te odio cuando peleamos
Te quiero cuando paseamos
Te odio cuando no estamos.

SERGIO DE JESÚS FIGUEROA PLASCENCIA

Nació el 09 de septiembre de 1999. Comenzó sus estudios en el Seminario diocesano de Colima y actualmente está estudiando la Licenciatura en Enseñanza de Lenguas Extranjeras. Ha sido publicado en periódicos como “El mundo desde Colima” y “El noticiero”. Sus ídolos literarios son Pablo Neruda, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges.

QUIERO

En medio del camino de mi vida
En esta playa tan oscura
Y en un parpadeo dantesco
Te pregunto en desconcierto:
¿Cómo decido qué opción tomar
cuando en todas ellas
te encuentras tú?
Quiero que, sentada a mi izquierda
Te conviertas en la decena
Que hacía falta en el valor de mi vida.
Quiero ahogarme en tu bahía

Y que tus salvavidas se lancen
Para terminar de matarme.
Quiero que me congeles el corazón
Con la calidez de tu mirada.
Quiero que me duela mi garganta,
Ya sea por el frío,
o por gritar tu nombre en mis susurros.
Quiero escribir como de Dios Juan
Donc, je parlerai de toi.
Quiero pedirle clemencia a tu boca,
Quiero que tus labios me bailen.
Quiero robarte un beso.
Así que, te invito a tomar esta noche
Y en un bohemio suicidio colectivo
Decidiremos si tomar
Alcohol, nuestras manos,
O nuestras vidas.

RETO

Observando sin enfoque a la nada
y creando prosas de hadas
una cosa me intrigaba:
¿Dónde nace la poesía?
Necio y orgulloso
busqué en las palabras de los muertos;
en aquellos nocturnos versos tristes,
en las sinalefas al jugar rayuela
y en los sonetos escritos desde la torre.
Pero, a pesar de aquella belleza,
de aquel sentimental huracán
soplado las velas viscerales del alma,
pude encontrar el génesis de un poema.
Fue ahí, en esa brisa marina
que le coqueteaba a las palmas
cuando pensé en ti.
Entendí que no hay un inicio.
No hay un momento en el tiempo.
Sino un alguien.
Porque los ojos escupen al cerebro
lo que el corazón quiere ver.
Y así, enamorado, comprendí
que no hay ninguna letra
que no te pertenezca;
que siendo 20 centímetros más alto

me esfuerzo para estar a tu altura.
Quiero ser digno de tus encantos
y de merecer tu tiempo.
Pero, para lograrlo,
debo escribir un poema perfecto.
Vaya tarea.
Pues Dios, en su grandilocuencia,
te escribió a ti.

OLAS

Sentado aquí en la playa
Me puse a escribirte poesía
Y mientras la arena veía
Le pregunté al cielo
“Si las olas hablasen
¿Qué es lo que dirían?”
Tal vez un silencio, o una simple melodía,
Pero no importa el cómo
Sino lo que expresarían
Pues ellas saben que te quiero
Y lo mucho que daría
Por besar tus labios
Y, en un suspiro,
Hacerte mía.
Si las olas hablasen
O sus palabras leyeras
Sin duda alguna te pidiesen
Que como te quiero
Me quisieras.

NUESTRA ANTOLOGÍA

Hablando de colores con la vida
Me enfrenté al blanco infinito de una hoja;
Batalla que gané con el rubor de tus mejillas.
Bendito dilema el que me provocaste,
cuando no supe si admirar al mar, o al océano de tu
belleza.
Cuando quise que las olas de tu boca hicieran erosión
en la mía.
¿Acaso sabes que te escribo?
¿O crees en la casualidad de mis miradas?
Mírame, mírame quedito,
Mírame y mis ojos te dirán lo que mis versos callan.
Mírame a los ojos, y en el reflejo de nuestras pupilas,
creemos universos infinitos entre tú y yo.
Yo no puedo parar de mirarte
Y pensar que mañana serás mi pasado.
Pensar que mirarte todos los días
Sería la medida perfecta de la monotonía.
Que mis manos se conviertan en mis labios
Y tu cintura en los tuyos
Para bailar esta noche al ritmo de un vals
Marcado por mi corazón andante
a tres cuartos.
Atrévete a convertir nuestros latidos

en recuerdo.

Escribamos con tinta roja la pasión

Con tinta azul la vista de la playa

Y con tinta negra la futura despedida;

Pero no dejemos la hoja en blanco

Y escribamos una poesía juntos.

PADRE NUESTRO

En el génesis del placer
Revoloteaba el espíritu sobre nuestras aguas.
En los números marcados con tu pelvis
Dictaste las leyes que regían a mis ojos.
Cual profeta inspirado
Me mandaste ángeles cubiertos de fuego.
En las iglesias de tu cuerpo,
Te hincabas para recibir el santo crisma.
Fue la hostia el beber del cáliz de tu cuerpo.
Pero, en la parábola de tu cadera,
En un gemido, en un gesto
Abriste tus manos para decir
Venga tu reino, padre nuestro.

MUERTO

Atrévete a hacerlo.
La vida se acaba en el comienzo,
al retumbar de la tierra su centro.
Atrévete a hacerlo.
Déjame ser el viento,
Pues exhalas cuando salgo
Pero inhalas cuando entro.
Atrévete a hacerlo,
Pues cuanto más lo pienso
Se materializa lo que siento.
Atrévete a vivirlo,
Aunque sea un momento,
y te prometo que mañana,
solo seré un recuerdo,
atrévete a sentirlo.
Pues prometo que soy alguien
que en el futuro ya está muerto.

MARÍA DEL ROSARIO GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ

Nació en Colima un 25 de mayo de 1993, estudió la carrera de periodismo en la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima y actualmente cursa la Licenciatura en Derecho en la Univer Colima. Fue seleccionada en la antología de Microficción “¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género” de la Universidad Autónoma Metropolitana de Xochimilco. Actualmente es columnista del Diario de Colima y de Prensa Libre.

ROJO

Se me abre el corazón
Rojo como la calle.

Rojo como la esquina del mercado con una bala
anidada.

Rojo como el dolor de las madres peregrinando
De fuego, como el ¿Has visto a mi hija?
De una mujer esperanzada.

Rojo sello
De denuncias archivadas
El de los niños huérfanos.

Como el olor de la varilla que busca en la tierra.
Rojo de la torreta del policía corrupto.

Rojo enterrado entre los cuerpos de las fosas
clandestinas
Rojo de pistola
De la navaja a matar
De la noticia en primera plana.

Rojo añoranza
De la foto y la vela en el altar
Rojo lágrima
De sillas vacías
Del “se busca” en el cartel
Rojo México
Del soldado que cada hijo le dio.

DEIDAD

Tu carne de deidad
De erosión de olas y dorado desierto.

Eres fuego en penumbra
Sol y oasis
Luna de octubre.

Retiembla en mis centros tu fuerza
Tu andar de calma
Tu sonrisa de cuento.

Que quede tu figura marcada
En el campo blanco de batalla.

Entre espaldas encontradas y uñas enterradas
Entre la noche que se fuga y el día que se extingue.

En medio del sueño apagado y el cuerpo que se estira.

Que no se acabe la cama y me escupa a la realidad.

Que no me dejen tus brazos de hogar
Que no se robe tu voz el vacío
Ni te llegue el ocaso de la vida
Que no se nos acabe el horizonte
Ni nos cierren el bar de la esquina

No apagues el cigarro
Ni te pongas los zapatos
No azotes la puerta
No le des la bienvenida al adiós
Ni me desnudes al mundo.

VEO A DIOS

Veo a Dios entre tus muslos de pétalo
Tu olor a cantina y tu escote.

Veo a Dios entre el agua de tu cuerpo
Tu grito de amazona.

Y amanece entre tus montañas
Y tus labios me roban la noche.

Me entierro en tu centro
Hacemos erupción
Tiembra la vida
Colapsa el cuerpo.

Lahar de deseo
Río y mar
Vaivén de pieles
Colisión de mundos
Remanso de paz.

PURA MELANCOLÍA

*Siempre queda el soma, el delicioso soma,
medio gramo para una tarde de asueto,
un gramo para un fin de semana,
dos gramos para un viaje al bello Oriente,
tres para una oscura eternidad en la luna.*

ALDOUS HUXLEY

¿Qué queda de esta guerra?
Sino ropa tirada en el suelo y unas latas vacías
Se extingue la llama
Como se apaga el cigarro.

Se levanta la culpa
Como el sol por la mañana.

¿Qué queda de ambos?
Sino roces secretos.

Un poco de *soma* para la rutina de ocho horas
Y luego la de la vida.

¿Qué queda de nosotros?
Sino la pura melancolía.

CRISTINA YUNUÉN SÁNCHEZ CALVILLO

Nació en Colima el 03 de abril del 2003, pero su infancia transcurrió en Michoacán. Hace ya cinco años desde que regresó a Colima. Actualmente y a favor de su amor por la literatura, se encuentra estudiando la Licenciatura de Letras Hispanoamericanas en la Universidad de Colima.

LA SAL ME DESHACE

Soy un cadáver que deambula
En un mar que desde hace años ya no existe aquí.

Aquí donde el dolor es recurrente,
Las miradas ausentes
Y desde hace mucho corrompe el temor.

Ya no sirve de nada reflejarme en las olas.
Que ellas siempre vienen y van.
Y yo siempre me quedo.

¿A dónde podría irme?
Si la felicidad vive muy lejos
Y la sensibilidad muere muy cerca.

EL PRECIPITADO DESASTRE

Se murió...

Y de su boca sale espuma resultante
del cúmulo de despedidas pendientes.

Merecidas para aquellos que estuvieron presentes
en el precipitado desastre de su vida y de su muerte.

Nadie acepta que su ausencia
son los restos de siempre haber vivido a prisas.
Con agonía y desconsuelo.

Pobre niña que con ojos vidriosos miraba
siempre desde el mar,
desde el terrible fondo que con sal
quemaba las heridas que no pudo soltar.

CONFLUIR DE CUERPOS

Enfémame con tu piel,
contágame tu rabia
y tu rojo deseo.
Que para eso vine.

Corrompe todo mi ser con tus labios.
Y hazme una merecedora más de tu juego
paulatino que envenena poco a poco.

Destroza mis pulmones
con tu saliva humeante.
Ahógame que no me importa.

Con tus uñas desgarras la piel de mi espalda
y condéname a ser víctima de una nueva realidad.

Con tus dedos dibuja el mapa que trace mi muerte.
Siempre y cuando sea en tus manos.

EL GRUPO DE LOS DIEZ

Se terminó de imprimir en febrero del 2023 en la
Imprenta de Gobierno del Estado de Colima de la Subsecretaría de Cultura
en la Ciudad de Colima, Col. Con un Tiraje de 500 ejemplares,
Edición revisada y autorizada por los autores.